

JUAN XXIII Y JUAN PABLO II, SANTOS

Crónica de la canonización de dos papas



He tenido la fortuna de vivir un acontecimiento excepcional: la canonización de Juan XXIII y Juan Pablo II, el Papa Bueno y el Papa Grande. Y lo he hecho desde primera línea, gracias a que el Prior General me cedió la representación en la capilla papal. Estuve sobre el llamado *sagrato* de la basílica, cerca del papa, junto a los representantes de otras congregaciones, los dirigentes de la Curia y diversas personalidades eclesíásticas, como el secretario general de la Conferencia Episcopal Española, don José María Gil Tamayo. Ofrezco aquí algunas breves impresiones.

1. Roncalli y Wojtyla.

Es la primera vez que se canoniza a dos papas en la misma ceremonia. Y de la talla de Juan XXIII y Juan Pablo II. Yo, la verdad, asistía principalmente por el papa Roncalli. Mi querido papa Juan, a quien le he dedicado mucho tiempo de trabajo y estudio: "bucear" en sus numerosos escritos, estudiar sus grandes apuestas renovadoras, principalmente el Concilio Vaticano II, profundizar en el ejemplo de su vida, han sido experiencias que me han enriquecido como hombre, cristiano y sacerdote. El papa Juan se ha convertido para mí en un maestro, un padre y un compañero de camino. Y no deja de conmoverme el hecho de que ya desde mi nacimiento, en pleno pontificado joane, tuve el beneficio de su oración. Efectivamente, así lo indicó con gran sencillez y belleza el propio papa Roncalli: "Sabéis que el papa reza todos los días el rosario entero, los quince misterios. Cuando estoy en el tercer misterio, ante Jesús que nace, que aparece niño e inicia esa gran tarea de la unión de la divinidad con la humanidad, del cielo con la tierra, yo rezo las diez avemarías y las dedico a los niños que han nacido en las veinticuatro horas anteriores a que comience mi rosario. Por tanto (es una pequeña confidencia) apenas nace un niño, tiene la oración del papa para él".

De Juan Pablo II, qué decir. Su pontificado, intenso y dilatado, ha marcado toda una época en la Iglesia. Viajero, extrovertido, de fuerte personalidad; filósofo y actor; hombre de intensa oración. Algunas de sus decisiones han sido muy discutidas, pero no cabe duda de que es un modelo de identificación para muchísimos cristianos. Arrastró y arrastra multitudes. Basta recordar el inmenso gentío que acudió a Roma cuando falleció en 2005 o con motivo de su beatificación en 2011. Su veloz proceso de canonización no cabe duda que ha tenido un evidente apoyo popular.

2. La vigilia.

Se da un cifra de participación de más de un millón de personas. Es muy probable. Roma estaba rebosante de fieles, con actitud festiva e implicada. La tarde anterior, a eso de las 6 de la tarde la policía vació la plaza de San Pedro, por motivos de seguridad, y cortó nuestra calle, la vía Paolo VI. Yo salí a dar una vuelta por la noche y pude comprobar el ambiente que había en toda la zona. Fue una bonita experiencia. Todo estaba colapsado por gentes de países y lenguas diversos que rezaban, cantaban, expresaban su alegría y se preparaban a pasar la noche a la intemperie. Saludé a varios grupos de lengua española. Había muchos, muchísimos jóvenes. Me mezclé en este gentío durante un buen rato y volví a casa, ya avanzada la noche, con el corazón encendido de gozo y esperanza. Qué bonito es compartir la fe. Es una excelente medicina contra el pesimismo y el desaliento que nos invade con excesiva frecuencia. No dudemos nunca que el cristianismo está vivo y es una fuerza renovadora en la sociedad.

Numerosas iglesias del centro de Roma permanecieron abiertas toda la noche. Hubo confesores disponibles y mucha gente confesándose. A mi memoria acudió la reciente imagen del papa Francisco arrodillado en un confesonario de San Pedro. Qué excelente ejemplo. En otras iglesias había vigiliias de oración. En una leían textos de Juan XXIII; en otra proyectaban imágenes de la vida de Juan Pablo II; en una tercera rezaban, simplemente, el rosario. Ya digo: regresé a casa muy contento, muy fortalecido en la fe.

3. La celebración.



La mañana del 27 de abril amaneció nublada. A las 7 las campanas comenzaron a tocar a fiesta. Cuando yo fui a San Pedro, ya había muchísima gente esperando entrar en la plaza. Entré por el *Petriano* y, con la carta de invitación al P. General en la mano, me dirigí al *sagrato*. Cuando ocupé mi puesto vi que aun faltaba hora y media para que comenzara la Eucaristía. Saludé a varios amigos y

conocidos y leí los periódicos y folletos que habían depositado en el asiento. Pronto comenzó una interminable y vistosa procesión de obispos que se dirigían al lugar asignado, unas gradas más abajo. Eran alrededor de mil. Luego, más a lo lejos, llegaron las delegaciones oficiales. Vimos a los reyes de España, a los de Bélgica, a varios presidentes. En un momento dado, un cierto revuelo nos avisó de la llegada de Benedicto XVI, el papa emérito. Pasó muy cerca de donde yo estaba, viejito y frágil, con su habitual media sonrisa, apoyado en un bastón. Después se inició la hilera de los cardenales y, al final, el papa Francisco, llevando la cruz de Pablo VI. Saludó a su predecesor y se dirigió a besar la imagen de la Virgen y luego el altar. Eran las 10 de la mañana.

La ceremonia fue sobria, sin concesiones. Cuando el papa leyó la formula de canonización, alcé la vista hacia los dos grandes tapices que colgaban de la fachada. Me detuve en el rostro del papa Juan y di gracias a Dios, al tiempo que interiormente encomendaba a mis familiares y amigos a la protección de los nuevos santos. En la homilía, el papa presentó a san Juan XXIII y a san Juan Pablo II (todavía tenemos que acostumbrarnos a llamarles así) como el papa de la docilidad al Espíritu y el papa de la familia respectivamente. Y resaltó cómo ambos se implicaron en la renovación y actualización de la Iglesia según su fisionomía originaria, la fisionomía que le dieron los santos a lo largo de los siglos.

Varios de nuestros hermanos agustinos (de la comunidad de Santa Mónica y algunos participantes en el recién terminado curso de Espiritualidad Agustiniiana) ayudaron a distribuir la comunión, dirigidos por los responsables de la Sacristía Pontificia. Cuando terminó la Eucaristía, el gentío tardó en marcharse, mientras Francisco recorrió en el "papamóvil" la plaza y un trecho de la vía de

la Conciliación, saludando a la gente. Tras algunos momentos en que amenazó lluvia, el sol lucía en el cielo. Y, también, en los corazones.

4. El significado

Un grupo de amigos me preguntaron por el significado de las canonizaciones. Lo resumí en cinco puntos, que luego pudimos comentar, más despacio, en un amplio y vivo diálogo. Son estos: la canonización es un acto eminentemente religioso por el que la Iglesia propone oficialmente a un cristiano como modelo de identificación; se canoniza a la persona, no a las decisiones o acciones de gobierno; no debemos olvidar que los santos fueron durante toda su vida seres humanos, con lo que esto supone; los santos son hermanos nuestros que están para ayudarnos y protegernos en nuestro camino; la veneración a los santos debe purificar nuestro amor e impulsarnos a vivir el Evangelio con coherencia, valentía y visibilidad. Luego invité a todos a leer unas buenas biografías de los nuevos santos y a conocer sus escritos y su experiencia de fe.

Hace unos meses, durante la audiencia general, el papa Francisco habló sobre la Iglesia santa y concluyó con una palabras que ya entonces me parecieron lúcidas y acertadas: "No tengamos miedo a ser santos. Todos estamos llamados a la santidad, que no consiste en hacer cosas extraordinarias, sino en dejar que Dios obre en nuestras vidas con su Espíritu, en confiar en su acción que nos lleva a vivir en la caridad, a realizar todo con alegría y humildad, para mayor gloria de Dios y bien del prójimo". Es un excelente resumen de lo que fue la existencia de Juan XXIII y de Juan Pablo II. Para cada uno de nosotros es, además, reto, compromiso y esperanza.

Luis Marín de San Martín, OSA

